

## EL GRANO DE SAL

---

### (LEYENDA)

Pobre mujer, qué de extraño tenía que su desesperación fuese inmensa al verse con su único hijo muerto en una falda á la edad en que los niños comienzan á hablar...!

Con el cadáver en sus brazos anduvo de puerta en puerta suplicando un remedio con que volver á la vida al pedazo de sus entrañas y los vecinos compadecidos de aquel dolor tan grande no se atrevían á arrancarle el muertecito para darle cristiana sepultura.

Está loca! está loca! exclamaban.

Un anciano que vió á la joven madre recorrer de tan triste suerte aquel calvario, pensó: Esta infeliz no sabe lo que es la muerte y por caridad hay que consolarla, y llamándola la dijo:

«Buena mujer, yo no puedo darte el remedio que buscas para tu hijo, pero conozco un médico que lo puede todo.»

—Ay señor, por Dios, dígame ¿quién es ese médico?

—Tú lo has dicho, Dios puede darte ese remedio, corre al templo, póstrate en oración y aguarda,

La mujer siguiendo el consejo del anciano se apresuro á entrar en la iglesia y arrodillándose oró con fervor durante algunos minutos pidiendo en sus oraciones la vida del hijo.

Al poco rato un eco armonioso que en forma de palabra repercutió por las bóvedas del templo dejó escuchar las siguientes frases:

«Si quieres volver á la vida á tu hijo en tu mano está el conseguirlo. Tráeme un grano de sal que proceda de una familia en la que no haya muerto ni un padre, ni un hijo, ni un criado.»

La infeliz salió escapada, conservando el cadáver entre sus brazos y loca de contento, creyendo hallar en seguida lo que se le pedía.

Recorrió las casas del pueblo, del campo, de las villas vecinas y en todas le daban un grano de sal, pero al preguntar si en la habitación había muerto algún padre, algún hijo, ó algún criado le contestaban:

—¿Qué dice V. buena mujer, «*contados son los vivos é innumerables los muertos*».

Y la mísera continuaba su peregrinación en busca de ese grano de sal que debía encontrar en familia donde ningún deudo hubiera muerto.

Mas en todas, un padre, un hijo y un criado faltaban en la lista de los vivos.

La fatiga y la desesperación abatieron el ánimo de la pobre mujer y ya casi sin aliento exhalaba hondos suspiros murmurando: ¡Oh Dios mío, qué tarea tan horrible! ¡En todas las casas ha muerto alguien, de modo que no soy yo sola la que sufre esta desgracia!

Entonces como por encanto se calmó su excitación, frío glacial invadió su cuerpo y denunciando su inmenso dolor, por la muerte de su hijo, depositó el cadáver en el cementerio.

Después volvió al templo y la misma voz misteriosa le preguntó:

—¿Has encontrado el grano de sal?

—No; todo el mundo me ha dicho «*contados son los vivos é innumerables los muertos*»

—Tú creías ser la única que has perdido un hijo y ahora te convencerás de que el destino de la criatura humana es la muerte.

En la tierra no hay nada que no esté de paso.

Estas palabras impresionaron profundamente á la pobre mujer y la movieron á dedicarse á la vida religiosa, profesando en un convento á los pocos días, y una noche en la que absorta en aquella vida contemplativa oraba en el coro ofuscada por las luces del altar, reflexionó de esta suerte:

La vida humana es como esas luces que brillan durante cierto tiempo y después se apagan.

ALFREDO DE LAFFITTE.

